

En memoria de Alfredo Molinero

Ignacio García

*Un amigo fiel es un refugio seguro; el que lo halla
ha encontrado un tesoro. Nada vale tanto como un
amigo verdadero; su precio es incalculable.*

(Eclesiastés 6,14)

Alfredo Molinero nació en España en 1940, en un pueblecito de la provincia de Palencia llamado Aviñante de la Peña, que sin duda estuvo presente en su sentimiento hasta el último instante de su vida. Conocí a Alfredo en 1956, en el noviciado que los Hermanos Maristas tenían en Pontós, una retirada villa de la provincia de Gerona. Estábamos iniciando nuestra adolescencia y en aquel ambiente religioso la relación fue de una profunda amistad y compañerismo. Nuestra existencia estaba regulada desde que nos despertaban al amanecer hasta que nos acostábamos hacia las nueve de la noche. La vida cotidiana se desarrollaba sobre la base de toda orden religiosa desde los tiempos de San Benito: *ora et labora*. Por la mañana, durante las primeras horas, nos dedicábamos a la oración y la meditación. Tras el desayuno, comenzaba la labor de limpieza y cuidado de la casa o de la huerta para desembocar en las aulas de estudio que finalizaba, con el paréntesis de la comida, hacia media tarde. Como jóvenes dinámicos y entusiastas que éramos, nuestro momento preferido del día era el tiempo dedicado al deporte en el que practicábamos, principalmente, el juego de frontón, ping-pong y, los fines de semana, unos reñidísimos partidos de fútbol en un campo que había a las afueras del pueblo.

En 1958 nos trasladaron a nuestro destino definitivo que era la isla de Cuba. Allí proseguimos nuestros estudios en la ciudad de La Habana, en la que recalamos unos meses antes de que llegara al poder el “barbudo” Fidel Castro. El cálido clima, la hermosura del paisaje, las espléndidas playas y,

sobre todo, la alegría y espontaneidad de los cubanos, y por qué no, la belleza de las cubanas, nos cautivó desde el primer momento. Alfredo y yo nos identificamos enseguida con aquella forma de ser así como el resto de nuestros compañeros: José Antonio Merino, Laso, Angulo, Romo, Arroyo... En Villa Marista, cursamos nuestros estudios y al cabo de dos intensos años concluimos la carrera de Magisterio. Nuestra rutina diaria era llevadera e incluso muy agradable en un clima de camaradería y hermandad. De nuevo, los deportes eran nuestro momento de mayor disfrute. Aquí aprendimos a jugar al béisbol, al frontón con raqueta de tenis, seguíamos practicando el fútbol y esperábamos con satisfacción los días de playa y de paseo por los maravillosos rincones de esta isla conocida como “la perla del Caribe”. Recuerdo que hacíamos funciones y representaciones teatrales en las que, Alfredo y yo, protagonizábamos algunas obras dramáticas e incluso formamos una pareja artística: el profesor Mogostrako y su ayudante Matrako. Nos dedicábamos a realizar juegos de magia que, a veces, no nos salían tan bien como quisiéramos, aunque echando mano del humor solíamos terminar la actuación sin necesidad de protección policial.

El año 1960 fue el de nuestro debut como maestros. A mí me destinaron a la ciudad de Ciego de Ávila, en el interior de Cuba y a Alfredo a la ciudad de Holguín, en la zona oriental de la isla. Fue un año de ilusiones como neófitos en el arte de la enseñanza, pero cuajado de estupendas experiencias pedagógicas con niños que apenas habían cumplido los cinco años. Cuando más entusiasmados estábamos en nuestro cometido, se consumó la terrible situación que nos negábamos a asumir. Fidel Castro nacionalizó toda la enseñanza de Cuba y el estado se haría cargo de la educación absoluta de los alumnos. Nuestras opciones eran quedarnos a adoctrinar a los niños para la Revolución o salir de Cuba. Por supuesto, la segunda fue la que nosotros adoptamos.

Desde mediados de junio de 1961, iniciamos nuestro periplo de exiliados. Primero, nos dirigimos a Miami, más tarde a Guatemala, donde el grupo de maristas cubanos pasamos una temporada en un antiguo hotel situado en un bello paraje a las afueras de Mixco, lugar en el que, ¡oh hados misteriosos!, recalaría definitivamente Alfredo años después. En octubre de este año, conseguimos una beca para estudiar inglés en el Marist College de Poughkeepsie, en Nueva York. Aquí se nos abrió la puerta al conocimiento, no sólo del idioma de Shakespeare, sino a una pequeña babel idiomática y cultural puesto que esta Universidad acogía no sólo alumnos de la zona neoyorquina, sino numerosos estudiantes maristas provenientes de múltiples países aparte de los Estados Unidos. Los había de China, Japón, Alemania, Canadá, Méjico, Guatemala, España y otros lugares que ya no recuerdo. Fue una experiencia singular que nos marcó para toda la vida. Cuántas veces, tiempo después, Alfredo y yo evocaríamos las numerosas anécdotas y peripecias ocurridas en este insólito

centro educativo. Una de ellas, que atañía directamente a Alfredo, era la de aquel compañero suyo de mesa llamado John Lee con quien llegó a consolidar una buena amistad. Este “gringo” de origen irlandés salía a menudo con Alfredo, pero lo llamativo era el contraste que ambos formaban. Mientras que Alfredo media algo más de 1,65 m, el tal Lee rebasaba los 2 metros 10 cm y el verlos pasear juntos era todo un espectáculo, porque casi tenían que dialogar a voces para escucharse el uno al otro. Cuando el gigantón norteamericano se quitaba los zapatos, Alfredo nos llamaba y demostraba que él podía meter sus dos pies dentro de un solo zapato de Lee, ante la admiración de todos. En el desayuno americano siempre se sirven huevos fritos y Alfredo nos contaba que se quedaba atónito, cuando su amigo esperaba a que los compañeros desalojaran el comedor, se levantaba tranquilamente y pasaba por todas las mesas engullendo, directamente, todos los huevos que habían sobrado. Decía haberle visto tragar más de doce seguidos. Con estas y otras historias parecidas, que sería prolijo narrar, transcurrió el año y medio que vivimos junto al río Hudson.

En 1963 abandonamos tierras norteamericanas y nos dispersaron por los cuatro vientos. Alfredo fue enviado a España, yo tuve que dirigirme a El Salvador y el resto de compañeros tomaron diversas direcciones hacia Centro y Sudamérica. Aquí se separaron momentáneamente nuestras vidas y ya no supe más de mi amigo, salvo alguna esporádica correspondencia entre ambos.

Transcurridos tres años de estancia en un colegio de Santa Ana, El Salvador, me destinaron al Liceo Guatemala para impartir unas clases y comenzar mi carrera de Filología. En septiembre de 1967, recibí la grata noticia de que mi buen amigo Alfredo Molinero dejaba España y venía a engrosar las filas del profesorado del Liceo con lo que volveríamos a estar juntos nuevamente. El día de su llegada fui a recibirlo con gran regocijo al aeropuerto de la Aurora, con tan mala fortuna que, al tratar de mostrarle en automóvil la ciudad y al atravesar el Parque Central de la capital, un motorista chocó contra nosotros. El muchacho de la motocicleta no sufrió ningún percance grave, pero su moto quedó destrozada, de manera que tuvimos que ir a la comisaría y pasar allí varias horas hasta que concluyeron el parte policial. Esa fue la primera impresión que recibí a su llegada a la que sería su ciudad de adopción. No obstante, las siguientes salidas y visitas a lugares tan bellos y emblemáticos como La Antigua, los lagos de Atitlán y Amatitlán, Escuintla, Puerto Barrios, el Quiché e incluso Tikal, le hicieron encariñarse y admirar el espléndido y variado paisaje de esta ubérrima tierra “chapina”.

Nuestra estancia común en el Liceo Guatemala se prolongó hasta 1971 en que, debido a una grave enfermedad de mi padre, tuve que volar hacia España y, por los avatares de la vida, no pude regresar a este querido país de la “eterna primavera”. Estos años felices en los que alternábamos el trabajo en

las aulas con el estudio en la Universidad de San Carlos, nos proporcionaron momentos inolvidables de los que puedo rescatar algunos que se me agolpan en la trastienda de la memoria. Como era nuestra costumbre, reanudamos la práctica del deporte hasta el punto de levantarnos diariamente una hora antes para hacer gimnasia y “jogging” con el fin de estar en forma, porque los fines de semana, fundamentalmente el sábado, teníamos que afrontar un partido de baloncesto por la mañana y un encuentro de fútbol por la tarde. Esto no era inconveniente para que, después de semejante ajeteo, nos pusiéramos a revisar exámenes o ejercicios de los alumnos, preparar las clases de la semana siguiente y estudiar los temas universitarios. Yo tenía que leer infinidad de libros de literatura y Alfredo debía resolver no pocos problemas de química, ya que era ésta, precisamente, la carrera que él estudiaba, además de asistir a innumerables experimentos en el laboratorio. Además de esto, realizábamos otras muchas tareas que no nos dejaban ni un minuto de tiempo libre, sin olvidarnos de nuestras obligaciones religiosas como maitines¹, misa, meditación, lectura religiosa, rezo del Rosario, etc. ¿De dónde sacábamos tiempo para tanta actividad? A esa pregunta nunca le he encontrado respuesta concreta, tal vez nuestra juventud, nuestra propia actitud personal, la dura disciplina impuesta durante nuestra infancia y adolescencia o un escape de nuestra peculiar realidad ante la vida.

En el Liceo teníamos un singular compañero de origen cubano, que pertenecía a nuestro grupo de formación y profesión religiosa, se llamaba Felipe García, pero era más conocido como “Cascás” (Q.D.E.P.). Estaba introducido, como asesor espiritual, en todos los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado y debido a su gracia y locuacidad era muy querido por todos. Una tarde de mayo, Alfredo y yo, como de costumbre, teníamos que ir a la universidad, pero a causa de una prolongada reunión del claustro de profesores se nos hizo tarde y ambos teníamos que llegar a tiempo, pues era época de exámenes. No sabíamos qué determinación tomar para estar presentes, antes de un cuarto de hora, en las aulas correspondientes a nuestras pruebas escritas. En ese momento, Felipe se acercó al vernos tan nerviosos y preocupados, preguntó qué nos pasaba y al conocer nuestro conflicto se echó a reír. Él nos resolvería el problema al instante. ¿Cómo? Pues muy sencillo para él. Descolgó el teléfono, marcó un número, habló unas pocas palabras y nos dijo: “Esperen ambos en la puerta del Liceo que en un instante pasarán a recogerlos”.

No habían transcurrido ni tres minutos, cuando oímos el agudo sonido de la sirena de un camión de bomberos. En efecto, aquel vehículo se paró delante de nosotros, nos pidieron que subiéramos y, encendiendo de nuevo su

¹ Primera de las horas canónicas, rezadas antes de amanecer. (N.E.).

inconfundible máquina de alarma, nos plantó en diez minutos dentro del campus universitario con lo que pudimos realizar nuestros exámenes con tiempo de sobra.

¡Cuántas horas pasábamos ambos, los domingos por la tarde, en el silencio y la soledad del claustro del colegio, recordando con añoranza a nuestros padres y hermanos, nuestra patria, nuestra infancia y pubertad! ¡Cuántos interrogantes se nos abrían de cara al futuro! ¿Cómo y por dónde transcurriría nuestra vida dentro de cinco o diez años?

Como expuse anteriormente, yo tuve que volver a España en febrero de 1971, sin embargo, Alfredo no sólo continuó en esta tierra, sino que se arraigó en ella definitivamente puesto que, tras desligarse de su compromiso con los Hermanos Maristas, conoció a una bella y extraordinaria joven, Patricia, con quien contrajo matrimonio y consiguió con ella su equilibrio sentimental, su apoyo y felicidad hasta el último momento de su existencia. Además, de su profundo amor brotaron dos maravillosos retoños, Miguel y Sofía que, con inteligencia y tenacidad, han completado su formación y han podido incorporarse al mundo laboral, proporcionando a sus padres la satisfacción de poder desenvolverse airoosamente por sí mismos.

Querido Alfredo, has recorrido tu camino, has realizado bien tus deberes, has dejado todo en orden y no dejas tras de ti sino cariño, amistad y respeto. Descansa en paz, amigo, hermano.



Compañeros en los Maristas.



Retrato de joven en los Maristas.



Con compañeros y profesores de los Maristas.



Alfredo en Holguín en 1960.



Alfredo en Holguín en 1960.



Alfredo en Holguín en 1960.



Con el equipo de fútbol.



Con el equipo de fútbol.

Carrión de los Condes.



Con compañeros del internado en el río.



En el Liceo Guatemala.



En el Liceo Guatemala.



Regreso a España en 1963.



La familia en el pueblo.



Paisaje palentino.



Con el equipo de fútbol.



Boda de Alfredo con Patricia.



Boda de Alfredo con Patricia.



Alfredo y Patricia.



Alfredo y Patricia.



Comida con compañeros.



Festejando con amigos.



Alfredo, Patricia e hijos.



Boda de la hija de Alfredo.



Alfredo y sus hijos de niños.



Alfredo, Patricia e hija.



Con compañeros de trabajo y alumnos.



Fotografía familiar.



Con Patricia y la hija de ambos.



Alfredo y un amigo.



Cena familiar.



Alfredo.



Alfredo e hija.



Aviñante de la Peña, Palencia.



Aviñante de la Peña.